



MARGARITA DE ANJOU.

Un a celebridad parece ser cosa inherente á las Princesas que llevaron el nombre de Margarita: apenas hay una de ellas que no se haya hecho famosa por sus culpas ó por sus desdichas, ó que no brille ya por sus virtudes, ya por su talento. Sirva de ejemplo el retrato que vamos á bosquejar, en compendio, de *Margarita* hija del Rey Renato, llamado el *bueno* y vástago de la ilustre casa de Anjou, cuyas ramas tendiéndose por Inglaterra, Francia, Nápoles, Sicilia y Hungría, llegaron á florecer en casi todos los tronos de la Europa latina, enlazándose además con el imperial de Oriente. Bella por extremo, habíala además dotado la naturaleza de relevantes prendas morales que no la enaltecieron menos que sus muchas desgracias; su ingenio fué claro, su ánimo emprendedor, audaz, tan pronto en las imaginaciones como en la ejecucion terrible; su intrepidez tal que ante ella vaciló mas de una vez el valor mas altivo. Muger la hizo la naturaleza, mas encerrando en ella el complemento de un hombre; y á reemplazar en efecto á uno, por entero, fué por la suerte llamada.

Reinaba en Inglaterra Enrique VI, el que niño aun se vió consagrar

Monarca de Francia en la Catedral de París, de donde inmediatamente le llevaron á Londres; y que contando ya 21 años de edad, en la época á que vamos á referirnos, gobernaba nominalmente sus Estados bajo la tutela de su tío el Duque de Glocester, á quien disputaba el poder el Cardenal de Winchester. Convencidos los enemigos del Duque de que de la debilidad ó, para decirlo cierto, de la nulidad del jóven Rey era poco menos que inútil esperar que sacudiese el yugo de la tutela, trataron de buscarle á Enrique una esposa que pudiera estimular al menguado Príncipe, ó en otro caso pensar y obrar en su nombre. Margarita de Anjou era la muger que necesitaban y en ella se fijaron los descontentos: pero como entre Francia é Inglaterra ardia entonces una exterminadora guerra, en la cual la primera estuvo á punto de perder su nacionalidad, difícil y peligroso fuera proponer desembozadamente el enlace del Rey de la segunda con una Princesa de tan cerca como la de Anjou enlazada con la casa de Valois.

Mas los conspiradores, que así puede llamárseles, aprovechando ó promoviendo el pretexto de una tregua por Glocester rechazada, y que el Cardenal sostuvo con éxito completo en el Consejo, enviaron á Francia en calidad de Embajador, y con la aparente mision de negociar la suspension de hostilidades, al Conde Suffolk que ajustó en realidad el deseado matrimonio, cuya celebracion tuvo lugar en Tours el año 1443, segun unos autores, y el siguiente de 1444 segun otros. En premio de sus servicios en aquella ocasion obtuvo Suffolk el titulo de Marqués primero, y el de Duque luego; y sin embargo, como negociador se mostró mas apasionado contra el Cardenal, mas hombre de partido, que celoso de los intereses de su país, pues que no solo tomó á Margarita sin dote, que eso explicáralo la situacion del Rey Renato tan rico en títulos como pobre de dominios; sino que, además, estipuló en el contrato matrimonial que la Inglaterra quedaba obligada á devolverle á la casa de Anjou la ciudad de Mans y la provincia de que era capital, ambas entonces al cetro británico sometidas. En la primavera del año siguiente pasó la Reina á Inglaterra, y presto su belleza y superior ingenio rindieron á discrecion al débil Enrique: por manera que, saliéndoles las cosas á los enemigos de Glocester á medida del deseo, y preparadas contra aquel las baterias, restaba solo exterminar al

favorito bajo sus fuegos. Así fué; y fué instantánea aunque no muy moralmente ejecutado. Primero la infeliz Duquesa de Glocester, acusada de *hechiceria* y mágicas conjuraciones contra la vida del Rey, fué, como por via de misericordia, á prision perpetua sentenciada; luego el Duque mismo, tambien de traicion acusado ante el Parlamento, reducido á prision en la cual *se le halló* á los dos dias cadáver en su lecho.

Margarita al satisfacer con tal presteza las esperanzas de los que al trono la llevaran lanzó la flecha mucho mas allá del blanco á que dirigirla debiera, alarmando á sus cómplices con lo rápido de sus decisiones, el rigor de sus actos y la energía de una voluntad que no parecia conocer obstáculos. Quisieran los conspiradores un instrumento inteligente pero dócil; y encontrándose con que la espada dirigia á la mano, tomó el miedo para disfrazarse la máscara de la piedad, produciendo en la opinion pública una favorable reaccion para la causa de Glocester. Era imposible además, que una muger, jóven, hermosa, del carácter de Margarita y sin experiencia del mundo, viéndose como por encanto soberana y omnipotente en tan gran monarquía, no se embriagara con el poder, y dejase de incurrir en todas las faltas que de tal embriaguez son ordinarias consecuencias. Bastábale con ser extranjera, y sobre todo francesa, para que no la mirasen bien los Ingleses; mas la cesion de la provincia del Mans, por una parte, justificó el descontento; y luego al ver la Inglaterra que Carlos VII, de Francia, reconquistaba la Normandía y casi tambien la Guyena, arrebatándole al Leopardo una presa fruto de infinitos combates y de torrentes de su propia sangre, la exasperacion llegó súbito á su apogeo, faltándole solo para estallar en rebelion declarada un caracterizado jefe. Ricardo, Duque de York, se presentó á serlo, determinando su ambicion los primeros ostensibles actos de la famosa prolongada y carnicera lucha entre las dos *Rosas*, la Blanca y la Roja, cuyo origen sin embargo de mas antiguo fechaba.

Tuvo Eduardo III, —el que, reinando Felipe de Valois, invadió la Francia poniéndola en inminente riesgo de sucumbir para siempre, — cinco hijos de los cuales fué el primero *Eduardo*, Príncipe de Gales, llamado el *Negro*, por el color habitual de su armadura, famoso por sus hazañas, célebre por su cortesía, venerado por sus virtudes, el vencedor de Poitiers

en fin; el segundo murió niño; el tercero fué Lionel, Duque de Clarence; Juan, Duque de Lancáster, el cuarto; y el quinto Edmundo, Duque de York. Muerto el *Príncipe Negro* antes que su padre, su hijo, Ricardo II, heredó la corona del abuelo; mas destronóle y dióle muerte su primo carnal Enrique IV, hijo del Duque de Lancáster, dando así el funesto ejemplo de la usurpacion en la familia, y fundando la dinastía de *Lancáster* llamada, que dió por Reyes sucesivamente á la Inglaterra á los Enriques IV y V, y tambien al VI, esposo de nuestra Margarita de Anjou. — De Edmundo, Duque de York, el hijo quinto de Eduardo III, recibió el ser Ricardo, primero de su nombre en aquella rama, el cual hubo en su prima y esposa *Ana Mortimer*, hija de Lionel, Duque de Clarence, á Ricardo II de York, jefe de la rebelion contra Enrique VI que va á ocuparnos. Dando por firme y valedero el derecho de la rama de Lancáster, no podia Ricardo alegar ninguno á la corona como procedente de su paterna ascendencia; mas como por la línea materna descendía directamente de Lionel de Clarence, hermano mayor de Juan, primer Duque de Lancáster, en los derechos de su madre heredados fundó sus pretensiones al trono de Inglaterra. Blasonaba las armas de Lancáster *Rosa encarnada ó roja*, y las de York una flor de la misma especie pero *blanca*: de ahí las denominaciones y divisas de entrambos partidos.

Aunque valeroso como soldado, era el Duque de Yorck un hombre hábil, prudente hasta los límites de la irresolucion, y mas ambicioso que á satisfacer su ambicion resuelto. Merecianle alta consideracion en Inglaterra su elevado nacimiento y personales prendas, como tambien inmensas riquezas: pero á mayor abundamiento enlazóse con Cecilia Nevil, dama de la poderosa familia de que era gefe el famoso Conde de Warwick, llamado el *Hacedor de Reyes (King maker)* y de quien pronto haremos mencion en este relato.

Ricardo sin embargo, no comenzó reclamando la corona; su plan era simplemente traer las cosas á punto de que los demás se la ofrecieran y limitarse á aceptarla. A ejemplo, pues, de todos ó los mas de los usurpadores, tomando por pretexto el bien público, declaró que no se alzaba contra el Rey, sino contra su mal gobierno, del cual estaba á la sazón al frente el Duque de Suffolk. El fatal matrimonio de que habia sido negociador, y cuya primera

consecuencia fué, no la pérdida, sino el regalo al extranjero de una provincia; el asesinato de Gloucester en que se le suponía cómplice; sus grandes riquezas; el favor de la Reina que, de nieto que era de un simple comerciante, le habia elevado á la mas alta categoría de la nobleza; eran á los ojos del público otros tantos crímenes del favorito. Prevenidos así contra él los ánimos, todas sus providencias parecían desacertadas, el mas pequeño vejámen de ellas procedente un acto de insoportable tiranía. La tempestad pues, creciendo por momentos, acercábase, y amenazaba ya con sus rayos la cabeza de Suffolk; otro, acaso se arrojara; mas él, saliéndole valerosamente al encuentro al peligro, presentóse ante el Parlamento y anticipándose á la acusacion, intentó resuelto refutarla. Tanta audacia, empero, no fué por el éxito coronada: apenas por él mismo abierta en su autoridad la brecha, por ella se precipitaron sus enemigos, acusándole de *traicion* y de administrador infiel de los negocios públicos. En tal conflicto entregóse Suffolk á merced del Rey; y Enrique, desechando el cargo de traicion, pero declarándole convicto de mala administracion, condenóle á cinco años de extrañamiento del reino. Procedimiento á la verdad irregular, pero que salvaba la vida al acusado, reservándole además su accion para mejores tiempos: la suerte empero lo habia de otra manera dispuesto. En la travesía de Inglaterra á Francia, el bajel que llevaba al desterrado cayó en poder de un corsario enemigo, inglés tambien, cuyo capitán hizo cortar en el acto la cabeza al infeliz ministro, en una chalupa. En prueba de lo débil ya entonces de la autoridad real, baste decir que no se procedió siquiera á la averiguacion del autor y cómplices de tan horrendo crimen.

De poco provecho lo fué á Margarita su concesion sacrificando á Suffolk: el Duque de Sommerset á quien cupo en suerte la sucesion política de este, no fué menos odiado del público que su antecesor. Sospechábase ya entonces, y con harto fundamento, que el Duque de York era en gran parte autor de las dificultades con que el Gobierno luchaba, mas conducíase el Príncipe con tal cautela, que no habia medio de acreditárselo con pruebas, hasta que un imprevisto acontecimiento vino, si no á su ministrarlas directamente, á robustecer por lo menos los indicios. Un hombre del vulgo, en efecto, suponiéndose descendiente de la casa de *Mortimer*,

sublevó el cordado de Kent, y marchando, al frente de una multitud fascinada, sobre Londres, penetró en aquella capital precedido por el terror de sus armas, y trató allí de potencia á potencia con el Gobierno mismo. Mas la indisciplina, los robos y la violencia de la facciosa turba, irritando al pueblo de Londres, provocaronle á tomar las armas, y á que unido á la granicion de la *Torre* cargara sobre los rebeldes, haciendo en ellos gran carnicería, y arrojándolos de la ciudad con muerte de su caudillo. No era ese mas que un impostor vulgar; pero su intentona sirvió los proyectos del Duque, haciéndole ver la inmensa influencia que sobre el pueblo ejercia el nombre de *Mortimer*, su ascendiente por la línea materna.

De Irlanda, donde se hallaba entonces, trasladóse Yorck á Inglaterra, y desde aquella época misma ya todo el mundo comenzó á discutir pública y continuamente sus derechos á la corona, extendiéndose el poder de la opinion al Parlamento que, cayendo en los lazos de la astuta política del Duque, ó cómplice de ella, presentó al Rey una peticion contra Sommerset y las demás ministros.

Entonces ya, pareciéndole oportuno el momento al Duque de York, alzóse, y al frente de diez mil hombres marchó sobre Londres, cuyas puertas le fueron contra todas sus esperanzas cerradas, obligándole tan imprevisto revés á retirarse, perseguido por los realistas al condado de Kent.

Nunca habia sido para ambos partidos tan peligrosa la situacion, puesto que se trataba ya de pasar de una lucha sorda á una declarada guerra. Margarita y York empeñaron, entonces, una partida de aquellas en que solo el éxito decide quién fué el mas hábil de los dos jugadores. Abocáronse, en efecto, Enrique VI y el Duque; y preguntándole á este el Rey, por su muger aleccionado, cuáles eran sus pretensiones, respondió Yorck con grandes protestas de lealtad al Monarca, y de sana intencion, fulminando implacable censura contra los ministros, y pidiendo que fuesen inmediatamente destituidos todos ellos. Cuál seria su sorpresa viéndose en el acto conceder cuanto pedia, se comprende con facilidad y lo pinta candidamente un coronista diciéndonos que se *quedó con la boca abierta*: pero cogido en el lazo, y mal que le pesara, hubo de licenciar tambien en

el acto sus tropas, y de retirarse á sus Estados, á esperar allí los acontecimientos; fiándolo todo de la suerte y del celo de sus partidarios, á la sazón mas que nunca exaltados, á consecuencia del reciente nacimiento del Príncipe de Gales (1454), que añadía un obstáculo mas á los que ya mediaban entre el trono y el cauto pretendiente.—Con celo, en efecto, trabajó el partido, con actividad y con éxito además, pues que habiendo el Rey enfermado arrancósele el nombramiento de *Protector del Reino* para el Duque de York. Confirmó el Parlamento aquella eleccion como era de esperar; mas el favorecido, cediendo á su característica indecision, en vez de asegurar la presa que la fortuna le ponía tan de valde entre las manos, todo lo que hizo fué la apología de su conducta ante las Cámaras; y aplazando así la ejecucion de sus designios, puede decirse que entonces perdió la corona que ambicionaba y que nunca ciñó sus sienes, porque nunca osó tampoco con la mano asirla.

Restablecióse en tanto el Rey, y los partidarios de Margarita recordando, al mismo tiempo que la salud aquel representante apenas animado del poder monárquico, su antigua energía, comenzaron no solo á tratar públicamente de la reintegracion en el ministerio del Duque de Sommerset, sino de la inutilidad del cargo de Protector estando ya el Monarca tan sano de espíritu como de cuerpo.

York, para no verse despojar ignominiosamente de su título y autoridad, tuvo que abandonarlos ambos y correr á las armas. Hasta aquel momento traiciones, perfidias, y miserables cobardías de una guerra de intrigas cortesanas lo habian hecho todo: razon era ya que la sangre lavara tanta mengua, y lavóla, en efecto, en la batalla de San Albano, donde murieron hasta cinco mil hombres, entre los cuales Sommerset y otros grandes señores, y fué el Rey hecho prisionero. Tratóle el Duque con todo género de respetuosas consideraciones; hasta *con ternura*, dice un historiador: mas sin embargo retúvole en su poder y con él hizo su entrada triunfal en Londres, donde volvió naturalmente á ocupar su antiguo puesto de Protector del Reino. ¿Porqué no fué mas lejos? ¿Porqué, al menos, no aseguró su delegada autoridad? Por irresolucion, por timidez como siempre. Verdad es que el Parlamento le confirmó de nuevo en la Regencia, mas *amnistiando* al mismo tiempo á sus partidarios;